

Razonar y votar, para cambiar de verdad

Rolando Cordera Campos

La idea del cambio se apoderó de la imaginación política nacional, aunque poco se haya hecho para calificarlo y ofrecer a la ciudadanía un perfil creíble de la transformación propuesta. Sólo desde la izquierda y su candidato presidencial se ha hecho un esfuerzo por darle a la convocatoria un sentido y una estructura concretos y susceptibles de ser evaluados por cualquiera.

La campaña ha derivado por rutas ominosas y a veces del todo inaceptables, para una opinión pública comprometida con la democracia y sus métodos. Para los peculiares prefectos de la sociedad civil que califican y descalifican a su gusto, no bastó el compromiso explícito de López Obrador con los organismos responsables de vigilar y administrar el proceso electoral; a cambio, se fomenta la histeria contra el candidato de la izquierda hasta extremos grotescos, disfrazados de defensas fariseas de la democracia y sus ritos.

Rumbo a la cita del próximo domingo, conviene precisar que no son el carácter o las veleidades del abanderado del Movimiento Progresista los ponen en riesgo la institucionalidad democrática del país; ha sido y es el abuso que se ha hecho del Estado desde el Estado mismo lo que nos ha llevado al borde de un precipicio poblado de criminalidad y ambición perversa, donde se dan la mano poderes de hecho y proyectos contrahechos dirigidos a convertir la compra y venta de protección, y la subasta de los recursos nacionales, en el eje de una ruptura constitucional abierta.

Desde el vértice del poder económico y el mando estatal, se teje una trama aviesa en la que se busca involucrar a las capas medias de la sociedad, aterradas por la violencia y sofocadas en sus expectativas por la falta de empleo digno y la absurda concentración del privilegio a que se ha llegado en estos primeros años del ciclo democrático mexicano. Las cartas de un nuevo autoritarismo se echan sin pudor, aunque se vean marcadas por el exceso anticonstitucional en que han incurrido las fuerzas de la marina armada, dando pleno aviso de que el control nacional y legítimo de la fuerza y la violencia puede perderse sin más.

En el otro flanco de la seguridad interior del Estado se viven horas de angustia, de las que son emblemáticos los abusos contra los generales sometidos a ilegal encierro. Y los estallidos de bombas, granadas y petardos cierran por lo pronto un círculo incandescente, que sólo podrá romperse con organización popular y conciencia cívica.

No es la izquierda la que pone en la picota la institucionalidad política que con tanto esfuerzo y costo ha podido erigir la sociedad para encauzar y darle sentido constructivo a la lucha por el poder del Estado. Tampoco pone en peligro la izquierda a la economía abierta y de mercado que hoy (mal) organiza el intercambio, la producción y la distribución de bienes e ingresos.

Su apuesta por un cambio verdadero es la de un empeño tranquilo y gradual, aunque deba reconocerse que su triunfo impondría, y pronto, una revisión de los ritmos del cambio para ir a un "gradualismo acelerado", como el que reclama una cuestión social que se agrava con los días. No está ahí el fogón maldito donde se cuece la corrosión precoz de nuestra democracia.

¿Dónde, pues, anida la serpiente? Hoy por hoy, el peligro se gesta en los recovecos del poder concentrado, que es el verdadero y único enemigo de la transparencia que reclaman los jóvenes y de una ampliación democrática hacia la equidad laboral y la justicia distributiva, como lo exige un país acosado cuyas potencialidades se han visto sometidas al más bárbaro de los dictados de la necesidad financiera y la miopía económica. Y es de esto que nos ha hablado el discurso central de la izquierda y su candidato, y es por ello que hay que votar por un futuro conquistable, que sólo puede emprender el enorme contingente popular que ha emergido al calor de la sucesión presidencial.

Como insistía sin reposo el general Lázaro Cárdenas: organizar al pueblo y fortalecer las instituciones. No hay otra vía para salir al paso de la desventura que se ha apoderado de México, hasta darle intensa y renovada actualidad a la gran pregunta que se hacía Octavio Paz al prologar el libro que su padre dedicara a Zapata: "¿Cómo podremos llegar, sin trastornos ni disturbios, de manera pacífica y gradual, a formas de vida más democráticas, pluralistas y civilizadas?"

Sólo con y desde la izquierda progresista podrá el país darle al porvenir un contorno habitable y a la sociedad la seguridad genuina que no puede más que descansar en una democracia siempre abierta a la intervención popular y sólida por la legitimidad siempre renovada de sus instituciones fundamentales. Este es el compromiso a ratificar con el voto del domingo por López Obrador y las candidaturas progresistas para el Congreso y la Asamblea.

Que las supercherías de la derecha y el privilegio desembozado se queden en su casa.